

ROMPEMOS ESQUEMAS UNA VEZ MAS: LE ENTREGAMOS A RADRIGAN LIBRE

ESA LARGA LUCHA QUE NO ENVEJECE NI SE RINDE

Como usted ya sabe que son tres las preguntas básicas con que los artistas cuestionan la dictadura, esta vez no haremos una introducción al tema. Le dejamos el espacio a Juan Radrigán, el vate de la miseria, el hombre que no tiene miedo, el que grita angustiado, desde el escenario, el horror que ha pasado y sigue siéndolo

"Cuando llevaba el ataúd, el ataúd que sólo contenía fragmentos de su cuerpo, aprendí que era posible odiar al dolor. Y aprendí también, que era posible odiar al olvido". Esto de andar juntando palabras que cuentan historias del tiempo en que vivimos, me ha significado grandes amistades, grandes satisfacciones, pero también el ácido reproche de mucha gente que no está conforme con el modo que tengo de incitar a la esperanza, no lo entienden. En vano he explicado que no se puede llamar pesimismo a la verdad.

—¡Nosotros les daremos paz y bienestar; les daremos el respeto, el trabajo y el amor que merecen!— habían dicho.

"El amor que nos dieron olía a sangre, olía a carreras en la noche, a balazos. Era un amor crispante, de besos desesperados. Eyaculábamos terror entre las sábanas, buscándonos como dementes; buscándonos, no para sentir la tibieza humana, sino para tratar de olvidar, aunque fuera por un momento, que en las calles llovía odio sin parar y que la muerte andaba borracha en el pecho de los asesinos..."

"ES DE BELLACOS"

Por las puras y re puras he pregonado que el invento más nefasto de los últimos tiempos ha sido el de pintar de rosado el sufrimiento, puesto que si vivimos años en los que el gran problema humano es la industrialización de la injusticia, es de bellacos presentar una visión en que la gente parece holgar en el mejor de los mundos posibles. Ha sido como nablarse a las piedras.

Tozudamente, opinan que es bueno el cilantro, pero no tanto.

Que me voy al chanco con eso de la tristeza.

Que mi "pesimismo" es evidentemente destructivo.

Que las cosas no son así; porque, claro, es cierto que pasan cosas feas, muy feas, pero...

Bueno, tanto la diatriba como el halago, parecen ser inherentes a este extraño oficio que tengo y, con toda seguridad, no voy a sufrir una terrible crisis autoral. Pero conversando serenamente conmigo mismo —ya que tengo en gran estima mis opiniones—, he resuelto aclarar algunos puntos. De ese modo, como escribo teatro, por lo menos les evito comprar entradas a los que lean esto: porque de eso de cambiar de actitud, ni hablar.

"Después que hubo hecho sacar a hombres, mujeres y niños de las casuchas, les hizo formar en el medio de la cancha. Luego comenzó a buscar. Le sorprendió encontrar entre tanto rostro amargo y temeroso, unos ojos que le observaban casi con curiosidad, casi con alegría. Entonces se volvió hacia la tropa y dijo: "A este".

"De vuelta al cuartel, explicó: A menudo la muerte de un terrorista produce resultados adversos para nosotros, pues la gente lo convierte en héroe, y es como una inyección de valor; la ejecución de un inocente en cambio, siempre produce horror y deja flotando en el aire durante mucho tiempo, la sensación de que nadie puede estar seguro".

Y no es que sea enfermo de empecinado; sucede solamente que comencé a escribir en pleno infierno y nada ha cambiado, el cuadro de horror se mantiene inalterable. Y no me vengan con la puta cantinela de los "significativos avances": vamos tras la plena justicia, tras la plena liberación, no tras

mejores condiciones de esclavitud.

Por supuesto, no me refocilo en la desgracia, sería feliz abriendo caminos, mostrando luces; pero para volver a tomar leche hay que recuperar la vaca: antes de lanzarse a cantar esperanzas, hay que encontrar una base real de apoyo. ¿Sobre qué cimientos se apoyaría en estos momentos una obra que anunciara futuras felicidades? ¿Sobre un triunfo tan mentiroso, tan absurdo, como el del plebiscito, en donde nadie sabe qué diablos fue lo que se ganó? ¿Sobre el olvido de la derrota, la muerte y la tortura? ¿Sobre la más atroz cesantía de la historia? No, no es con cuentas alegres como detendremos esta creciente agonía. Tengo un gran hijo, que dice: "No sé de donde vengo, y a lo mejor no sé donde voy; pero sí sé donde estoy. Y eso no me lo puede discutir nadie". Tiene razón el machuca.

En fin, somos, por último, un pueblo que no se dio tiempo para llorar a sus muertos, que no incorporó a sus entrañas la brutal derrota sufrida.

Decididamente, es un material no apto para comedias.

"EL 73 PERDIO MUCHOS HIJOS"

"No, no es indiferencia; la indiferencia es una muerte anticipada, y él no tiene el menor deseo de morir. Sí, es cierto, sus ojos no han estado nunca muy abiertos a la realidad; pero ese andar cansino que tiene ahora, ese aire volado con que mira las cosas, no significa que no tome a la vida en serio. Sucede que en septiembre de 1973, perdió muchos, muchos hijos, y que los sigue perdiendo.

"Y ha preguntado por ellos a la vida, y la vida le ha dicho que no están; ha preguntado a la muerte, y ella le ha dicho que no les ha visto llegar; le ha preguntado a los que dieron la orden de subirllos a los camiones. Y callan.

"De ahí ese andar cansino, de ahí ese aire volado con que mi país mira las cosas".

Entonces, claro, no es un material de construcción ligera, pero cuando con los insobornables trabajadores del arte, agrupados bajo el nombre de Compañía de Teatro Popular El Telón, presentamos un país desgarrado y desgarrador, estamos diciendo que ese es el estado actual de cosas, que es desde allí donde debemos empezar a construir, no estamos diciendo que debamos quedarnos lamiéndonos las heridas por los siglos de los siglos.

"...Los caminos han quedado tirados sobre la tierra como vientres inútiles, nada paren, no van hacia ninguna parte.

"Todo parece perdido. Todo.

"Es la hora precaria y terrible de la paz sin amor. Hablaron los fusiles, y por los asesinados duele entero el dolor atroz de la es-

pecie: esta noche somos la angustia final del hombre y la mujer sobre la tierra. Todo parece perdido. Todo".

"ESCASO, COMO JUEZ HONESTO"

Después de lo vivido, visto, oído y leído, barrunto que nos esperan largas y duras jornadas de testimonio, denuncia y construcción. Estamos mal, y esto viene de muy atrás; en nosotros hay inconstancia, ingenuidad, fatalismo y mitos, una cantidad tremenda de mitos, contradicciones y patriotismo; un patriotismo tradicional y celosamente fomentado por la burguesía para alimentar el ego de los pobres, en otra de sus sucias maniobras en función de lucro. "Chileno sufrido", "Chileno apachugador", "Chileno alegre", son sólo términos inventados para explotarlo —con su ingenua aquiescencia— en nombre de Dios y la Patria.

La verdad es que los motivos de alegría son más escasos que un juez honesto en nuestro país. Nos salva la poesía y una cierta grandeza de alma, que viene de tiempos antiguos por cuestiones como de mapuches, soledades y paisajes.

Otros pueblos latinoamericanos tienen novelistas pujantes, originales y profundos, que universalizan su problemática sin deslatinamericanizarla; nosotros contamos con una literatura social chata, patética e ingenua, que nunca fue más allá de la denuncia a los malos patronos, sin atacar derechamente al sistema, contamos con eso, y con una impresionante cantidad de relatos melancólicos, tísicos y personalistas, que no logran trascender ni siquiera las fronteras de la ciudad donde vive el autor: es la falta de conocimientos humanos, la miopía histórica y, sobre todo, la herencia de "las tías terribles", el provinciano temor a ofender parientes, conocidos o enemigos demasiado poderosos. (Posiblemente —aunque suene a feroz contrasentido— el golpe fascista del 73 sea, siempre que seamos capaces de mirar profundamente hacia atrás y hacia adelante, "ese acto terrible y nacional" del que brotará una nueva y sólida etapa en nuestra literatura. Si eso no nos despierta a la realidad, ya no nos despierta ni Cristo. Y sería lamentable, tremendamente lamentable.

Digo esto, porque los escritores tenemos muchísimo que ver en el desentrañamiento de la "personalidad" de un país. Y en esto no hay, no han de existir, caminos vedados o pequeños; la reflexión profunda sobre el porqué de ese acendrado entusiasmo que siente nuestro pueblo por las telenovelas, las canciones cebolleras, o las rabiosas tomateras de fines de semana, es tan importante como indagar sobre las causas originarias del surgimiento de la dictadura.

Yo sospecho, por ejemplo, que esas conti-

nuas frustraciones a que nos tiene acostumbados el deporte en nuestro país —un chambón que se especializó en llegar último en cuanto carrera interviene, boxeadores a los que les sacan la cresta en todas partes con una facilidad asombrosa, y una selección de fútbol, que no es la más mala, sino la más cobarde de latinoamérica, lo que resulta más desolador— tienen bastante que ver con el silencio y el malhumor que se abate en muchos hogares, precisamente en los días en que las familias suelen tener la posibilidad de compartir.

Entonces hay que embestir incansablemente contra todo lo que signifique construir sobre la arena, pasando, naturalmente, por el derribo total de mitos y tradiciones, que al permanecer incólumes redundan en ignorancia y estancamiento; es decir, en caldo de cultivo para comerciantes y dictadores. Es por lo que burguesía, siempre retrógrada, se ha preocupado en eterno de acusar a los escritores de hacer política, lo que en su particular lenguaje significa etiquetar de terrorista intelectual y quedar bajo amenaza: saben perfectamente que cuando tratamos asuntos que conciernen a la vida y a la libertad, estamos haciendo cultura, abriendo caminos.

"ROJOS, ANTIPATICOS Y RESENTIDOS"

"Veníamos casi como de la tristeza, casi como de la desgracia; pero no ocupábamos todo el día en llorar, en realidad era muy poco lo que nos quejábamos. Más allá de las etiquetas de revoltosos, falsos y expropiadores que nos colgaban, más allá de aquello de rojos, antipatriotas y resentidos, la verdad era que en nuestra sangre no había nada que tuviera forma de rencor o de venganza; la verdad era que lo único que nos impulsó a luchar, fue ese infinito anhelo común que aquí nos mata: queríamos vivir".

No se es "pesimista" de la noche a la mañana; la inconformidad con lo que sucede, me sucede, nos sucede, viene de muy, muy lejos; acaso de siempre.

Difícil mucho que un pobre pueda responder, de buenas a primeras, si uno le pregunta por los momentos en que ha tenido un contacto directo, amable y bello con la vida; los momentos en que no ha estado trabajando como un buey, en que no se ha sentido presionado por deudas o preocupaciones familiares, en que no ha estado cesante ni amenazado por la cesantía; los momentos en que las leyes, hechas para todos, pero dedicadas a él, lo han dejado en paz por un tiempo. Lo más probable, al preguntarle eso, es que se produzca un largo y doloroso silencio. Y somos millones.

Mirando el pasado familiar, el pasado familiar de los familiares y el pasado de éstos, uno se da cuenta que los pobres somos las renovadas oleadas de una larga lucha que no envejece ni se rinde; pero que éste no es un don de Dios, que no es un privilegio, sino un martirio.

"Explicaciones sobre su tragedia hay muchas, y de escribirse, llenarían una biblioteca. Pero gente que sabe de la vida, no de política, la resumiría así: existe un pequeño animal en el mundo que se llama hurón; cada cierto tiempo, cumplido un ciclo misterioso, son arrastrados al suicidio en masa. En Chile, el pueblo de los pobres tiene el mismo trágico destino: cada cierto tiempo, cumplido un ciclo de componendas e inscripciones, sus guías lo llevan al suicidio en masa. Elecciones, le llaman a ese holocausto".

Juan Radrigán

Nota de suma importancia: todos los párrafos que van entre comillas, pertenecen a un pequeño libro llamado "Fragmentos Contra el Olvido", los incluí:

- 1) Porque caían como anillo al dedo.
- 2) Porque no he podido publicarlos: los consideran demasiado "pesimistas".

Radrigán siempre se ve serio, pero ríe mucho cuando le mencionan a Pinochet o al cura Hasbún

